

Apuntes sobre la Civilización Bárbara

Jaime Arocha, Ph.D. en Antropología.*

Comenzamos esta introducción resaltando la deferencia que tuvo María José Almarales Díaz al invitar a miembros del Grupo de Estudios Afrocolombianos para que publiquen resultados de sus investigaciones en *Memorias*, la revista virtual de la Universidad del Norte. Más que todo, los artículos se derivan de propuestas diseñadas en el Laboratorio de Investigación Social llevado a cabo durante el primer semestre de 2004, dentro del Programa Curricular de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia. Entonces, de manera conjunta ideamos un proyecto que hiciera explícitas las hipótesis, teorías y métodos que esas propuestas compartían. Lo denominamos *Africanías en Riesgo dentro del Caribe y el Pacífico Colombianos*. Se fundamenta en el supuesto de que los pueblos de los dos litorales comparten reinterpretaciones de antiguas memorias africanas, no sólo debido a los mismos orígenes étnicos que los caracterizan, sino a las luchas comunes que libraron para resistirse a la esclavización y la consecuente pérdida de libertad. Hablamos de un pasado cultural que cimienta expresiones contemporáneas de politeísmo, poligamia, policultivo y polilingüismo. Esos polimorfismos también presentan semejanzas con los ideados por los indígenas de las mismas regiones y no son ajenos a la civilidad que han ejercido ambos pueblos, la cual se manifiesta en patrones de convivencia pacífica con otras comunidades del mismo tipo y con sus territorios de selva, sabana, ciénaga y río. Sin embargo, el Estado y sus grupos hegemónicos desdennan esos legados y más bien los catalogan de “salvajes”, apelativo del cual se valen para elaborar caracterizaciones contraevidentes de las “fronteras”, conforme lo han mostrado autores como Alfonso Múnera (2005) y Margarita Serge (2005). Semejante artificio sirve para justificar políticas que, muchas veces amparadas por la violencia, sustituyen los polimorfismos por monoteísmo, monogamia, monocultivo y monolingüismo. En este sentido el esfuerzo del Grupo de Estudios Afrocolombianos es consecuente con el de los autores mencionados y se atreve a sugerir que la terminología reinante sea invertida por la de fronteras civilizadas y metrópolis salvajes.

Nos ilusionamos con la idea de que la Constitución de 1991 le diera solidez permanente a esa civilidad basada en el ejercicio de disidencia étnica y sostenibilidad ambiental. Sin embargo, hoy constatamos la pasividad estatal ante el destierro que ha causado el conflicto armado y frente a la reparación de esas víctimas desposeídas de territorios colectivos amparados por leyes como la 70 de 1993, cuyos efectos dentro de la normatividad internacional dependen de la concordancia de ella con el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, el cual se refiere a los derechos de los pueblos étnicos del mundo. La barbarie de la alternativa hegemónica quedó plasmada en la noción de vuelo forestal que a finales de 2005 introdujo la Ley Forestal. La argucia permite separar al árbol de la tierra que le da vida, y de esa manera ofrecerlo a las corporaciones nacionales e internacionales que se benefician de la explotación maderera, sin que necesariamente

ellas tengan que reconocerles los derechos que tienen las comunidades étnicas que retienen el dominio colectivo del suelo. De otros malabarismos jurídicos con consecuencias etnocidas ha dependido el que quienes regresaron del destierro forzado a Curvaradó y Jiguamiandó (bajo valle del río Atrato) encontraran que diez mil hectáreas de su territorio colectivo habían sido taladas, sembradas con palma aceitera y tituladas a terceros (El Tiempo 2005). A la evidente erosión de los patrimonios ambientales de los pueblos étnicos de ambos litorales se suma la exaltación de sus patrimonios inmateriales e intangibles, para luego convertirlos en mercancías que se distribuyen y consumen dentro de circuitos nacionales y globales, mediante campañas llevadas a cabo por los medios de comunicación de masas o por la industria turística.

Quienes nos congregamos en el Laboratorio ya mencionado, nos habíamos conocido dos años antes, cuando empezamos a recorrer las calles de Los Cerezos, un barrio obrero de Bogotá. Formulario en mano, identificábamos y encuestábamos a miembros de la colonia chocoana de Paimadó, un pequeño puerto minero cercano a Quibdó. Los paimadoseños habían llegado a la capital huyendo, en primer lugar, de la crisis en la cual estaba sumida la minería artesanal por la modernización y en segundo lugar de la guerra ajena.

A lo largo de esas visitas, Laura de la Rosa y Lina del Mar Moreno constataron cómo la fiesta de La Candelaria seguía cimentando la identidad de paimadoseñas y paimadoseños, quienes regresaban a su pueblo para pasar el mes de febrero allá y tomar parte activa en las celebraciones. A un grupo de ellas, les dimos una cámara fotográfica, rollos y una grabadora, además de instrucciones acerca de cómo recopilar información sobre la fiesta. Los materiales que trajeron fueron fundamentales para el estudio comparativo que de la Rosa y Moreno llevaron a cabo en Paimadó, Cartagena y otros puntos de la llanura Caribe, con el fin de documentar los cambios que ha sufrido ese festejo.

Los resultados de otras visitas a Los Cerezos quedaron consignados en los informes del *Taller de Técnicas Etnográficas*, la asignatura que nos había convocado. El interés por los descendientes de los cautivos africanos siguió integrándonos alrededor de otras clases, hasta que en el segundo semestre de 2003 confluimos en un curso que no existía dentro del Programa Curricular de Antropología, al cual le dimos el título provisional de *Taller de Diseño*. Al desarrollarlo, ideamos el germen del proyecto *Africanías en Riesgo*.

Además de De la Rosa y Moreno, María José Almarales Díaz se ocupó de las celebraciones populares. Ella se propuso explicar cómo en Barranquilla el Halloween había desplazado a la tradicional *Fiesta de los Angelitos*. Así, se apoyó en las nociones que desarrolló Nina S de Friedemann sobre el elitismo y el folklore. Sin embargo, la iniciación de sus prácticas de terreno, halló que desde 1995 la fiesta en cuestión había sido objeto de recuperación popular y que para 2004 los angelitos estaban arrinconando a las brujas, debido a la reinvención del festejo en especial por parte de la élite religiosa. Junto con las autoridades civiles, los jerarcas cristianos abolieron las peregrinaciones callejeras de los niños en busca de alimentos preparados en las casas que visitaban y los concentraron en escenarios multitudinarios. Esta intromisión de los grupos hegemónicos que termina por acorralar a los grupos subalternos también se evidenció en el trabajo de De la Rosa y Moreno. Uno de los videos que ellas realizaron para documentar el ascenso de los peregrinos al Cerro de la Popa cada 2 de febrero nos muestra cómo una cabalgata de jinetes con ponchos y sombreros paisas va marginando a los antiguos protagonistas negros y mulatos. Por su parte, los enormes altavoces de una “burroteca” imponen sus tangos y canciones de carrillera sobre las afromúsicas tradicionales, ahora reducidas a una banda pelayera cuyos intérpretes viajan en un camioncito, apeñuzcados con sus instrumentos. Por si fuera poco, la imagen de la deidad se fue blanqueando al mismo tiempo que reinas con la estética de Barbie fueron desterrando a las mujeres piadosas venidas de diversos lugares de la geografía afrocaribeña. En el caso de la fiesta que estudió Almarales el blanqueamiento no sólo se evidencia en los atuendos que deben llevar niños y participantes, sino en la concentración de los festejantes en el Estadio Metropolitano y la Plaza de la Paz.

Este canibalismo blanco también es protagonista dentro del estudio de Manuela Urrego sobre la promoción del llamado “etnoturismo” en la Guajira. Elementos del capital simbólico wayúu como el baile de yooná, pasan a ser objeto de consumo por parte de turistas interesados en lo exótico, quienes inclusive ya pueden bailar esa danza sagrada en escenarios creados para ellos dentro de rancherías debidamente acondicionadas. El cabrito, entre otras delicias de la culinaria indígena, también es objeto de comercialización, como parte de la nueva estrategia de participación en la vida nacional que el Estado les plantea a los indígenas. Ahora, ellos deben enfrentar impactos sobre la distribución del trabajo por género, debido a que a las mujeres les corresponde recibir y atender a los turistas, mientras que a ellos atienden las cocinas, papel poco consecuente con sus nociones de hombría. Está por verse el efecto que estas mutaciones tendrán sobre la supervivencia de un pueblo que hasta la fecha ha logrado hacerle frente a todas las arremetidas de occidente, incluyendo la de las minas de carbón del Cerrejón, y salir airoso de ellas.

Algo parecido a la esperanza que a uno le permite abrigar la fortaleza de los wayúu no es tan imaginable en el caso de los embistes que desde hace ya medio siglo tienen lugar contra la ancestralidad cultural y territorial de la gente de La Boquilla, cerca de Cartagena, conforme se aprecia en el trabajo de Alejandra Buitrago. Esta comunidad de pescadores-agricultores pasó de enfrentar la expansión de la gran propiedad agraria a la de la gran industria hotelera. Por un tiempo pareció que la estrategia más eficaz podría desarrollarse dentro de la normatividad de la ley 70 de 1993, por lo cual los boquilleros conformaron uno de los primeros consejos comunitarios que existió por fuera del Pacífico y allegaron la información necesaria para demostrar que podían aspirar a un título colectivo como los que habían obtenido las comunidades de aquella región. Sin embargo, los representantes del aparato estatal alegan que las tierras de las cuales los boquilleros aspiran obtener sus respectivas escrituras colectivas están en zonas de bajamar, de carácter estratégico para la Nación. Lo increíble es que esos funcionarios no se han valido de una argumentación semejante para impedir la construcción de edificios y hoteles dentro de la misma franja territorial que los boquilleros reclaman para sí.

El naufragio de la utopía incluyente que planteaba la constitución de 1991 también es objeto del trabajo de Natalia Guevara Jaramillo, quien además se ocupa de la reacción autonomista que siete pastores de San Andrés vienen planteando frente a un Estado que sigue empeñado en culminar el etnocidio que con el apoyo de las misiones católicas inició desde finales del siglo XIX. Se trata de otro esfuerzo por documentar qué tan civilizadas son las fronteras y qué tan salvajes son las metrópolis. Las primeras no han abandonado ni la plaza pública, ni las consignas en *creole*, ni las pancartas como medios de airear sus descontentos. Las segundas se empeñan en mandar a las islas representantes presidenciales paisas que las modernicen contrariando las necesidades locales mediante los volardos y las vías peatonales de ladrillo que Enrique Peñalosa popularizó en Bogotá, o tanques blindados y policías antimotines que pongan en cintura a manifestantes, quienes inspirados en antiguas tradiciones bautistas, nunca han apelado a la violencia para ejercer la protesta civil.

Dentro de los grupos de investigación que la Universidad Nacional de Colombia tiene escalafonados en Colciencias, el nuestro es el único en preocuparse por el nexo entre ambos litorales, llevar a cabo investigaciones y publicaciones que lo divulguen e insistir en el papel histórico que las africanías han tenido en su constitución. Cuando se unen a nuestro grupo, los estudiantes manifiestan una mezcla de indignación y sorpresa por los temas que discutimos. Indignación porque África, Afroamérica, el Caribe y el Pacífico son objeto de pocas clases magistrales y seminarios dentro de todos los planes curriculares que rigen las carreras de ciencias sociales en Colombia. Sorprendidos por las nuevas vías de indagación que se les abren, muchas de las cuales tienen que ver son sus propias identidades. Así, es frecuente que pregunten si la opción que ha hecho ese grupo depende de los antepasados caribeños de su fundador o del vínculo profesional que lo unió con Nina S. de Friedemann.

El artículo que incluyo en esta selección se referirá a las influencias tempranas del trabajo que —siendo estudiante de ingeniería en la Universidad de los Andes— llevé a cabo en el valle del Sinú como promotor de desarrollo comunal. Reflexiono sobre el papel de los sinuanos no sólo en mi adiestramiento etnográfico, sino en la formación de una perspectiva disidente con respecto a la dominante sobre el supuesto salvajismo de las fronteras. Fue desde entonces cuando comencé a convencerme de que la barbarie más bien residía en el centro y no en la periferia. Las exalumnas que hoy publican conmigo en esta revista virtual se han hecho competentes en búsquedas comparables. Con seguridad contribuirán a seguirlas divulgando y ampliando.

Referencias

[El Tiempo \(2005\) Reversazo del Incoder les Quitó 10mil Hectáreas a Negritudes, Comunidades de Curvaradó y Jiguamiandó las afectadas. Bogotá: octubre 23.](#)

Múnera, Alfonso

2005. *Fronteras Imaginadas. La Construcción de las Razas y la Geografía en el Siglo XIX Colombiano*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.

Serje, Margarita

2005. *El Revés de la Nación: Territorios Salvajes, Fronteras y Tierras de Nadie*. Bogotá: Uniandes-Ceso.

* Director del Grupo de Estudios Afrocolombianos del Centro de Estudios Sociales de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, D.C.